

se sigue que la sola costumbre familiar no es amistad; y que esta muy bien puede tener lugar entre los ausentes. Y como el querer, ó no querer una misma cosa, es lo que constituye la amistad verdadera, se deduce que entre los que están discordes no puede haber amistad, y por lo mismo no puede existir entre dos malvados, ni entre un virtuoso y un malvado, sino solamente entre los virtuosos. Se ha dicho que no puede haber amistad entre dos malvados, y es claro, porque ó ambos están entregados á diversos vicios, ó á uno mismo; si sus vicios son diversos no pueden querer y no querer unas mismas cosas, y por lo mismo no puede haber amistad entre ellos, si están entregados á un mismo vicio, cada uno querrá satisfacerlo, y las cosas no pueden ser entonces comunes, ni referirse á la comun utilidad, y por lo mismo no pueden ser amigos: con razon pues, dice Quintiliano que solo la semejanza de costumbres une las amistades; verdad reconocida por los Estoicos cuando decian „que la amistad solo puede hallarse entre los buenos, y esto por la semejanza.”

Por último, estando la amistad destinada á la comun utilidad, es consiguiente que el amigo procure las comodidades de su amigo como las suyas propias, que sus bienes sean reciprocamente co-

munes; que con sus riquezas, y consejo se auxilien mutuamente; pero no que el amigo esté obligado á amar á su amigo mas que á sí mismo. Se excedió pues Séneca cuando dijo, que debía morirse con los amigos, y por ellos.

Se infiere ademas, que los verdaderos amigos no deben adular á sus amigos; que un enemigo irritado es mejor que un amigo adulator; y que en fin, la vida no puede menos que ser suavísima con el auxilio de la verdadera amistad. Elegantemente decia Diógenes que el que deseara vivir salvo, debia tener buenos amigos, ó enemigos irritados, porque aquellos le enseñarían como debería obrar, y estos le redarguirían el mal que hiciera.

## CAPITULO IV.

DE LOS MEDIOS PARA CONSEGUIR

LA VERDADERA FELICIDAD.

### SECCION 1.<sup>a</sup>

DEL CONOCIMIENTO DE SÍ MISMO.

Explicada la naturaleza del hombre, y todo cuanto pertenece al sumo bien, res-

ta solamente considerar los medios de conseguir la verdadera felicidad.

El primer medio para conseguir la verdadera felicidad es el conocimiento de sí mismo. Siendo el sumo bien de tal naturaleza que puede obtenerse por todo el que no desprecie los medios necesarios; despreciándolos sin duda aquel que no desea el sumo bien, y no teniendo este deseo el que no ha reconocido con atención su propia miseria; es consiguiente que acertaron los antiguos cuando dijeron que el primero y principal medio para conseguir la verdadera felicidad era aquel *nosce te ipsum*: el conocimiento de sí mismo. El principio de la salvacion, decía Séneca, es el conocimiento del pecado, el que no sabe que ha pecado no quiere corregirse; es necesario primero conocerse á sí mismo, para despues enmendarse.

Y aunque Platon limite este conocimiento al del alma, siendo el cuerpo una parte esencial del hombre, y contribuyendo tambien á las costumbres, facilmente se advertirá que no es de despreciarse el conocimiento del cuerpo. En quanto al alma la conocemos de dos modos comparativamente, y absolutamente, lo primero se verifica quando comparandonos con las béstias, consideramos cuanta es nuestra excelencia, y superioridad respecto de ellas. Mas como los que se limitan

á este conocimiento pueden facilmente caer en varios precipicios, como los estoicos en la soberbia y ambicion, creyendo á la naturaleza con todos los auxilios necesarios para vivir cómoda y felizmente, solo podra ser de alguna utilidad si se une con el absoluto; porqué el que se considera adornado de tantas dotes de alma y cuerpo que lo hacen superior á los brutos, pero advierte que estas qualidades, si el alma no está libre de los vicios, le traen mas detrimento que utilidad, facilmente entenderá que la voluntad de Dios es, que el hombre se manifieste solícito en corregirse, y en conseguir el sumo bien, distinguiéndose por su vida y costumbres de los brutos, y no siguiendo por guia á los apetitos que tiene comunes con los animales, sino á la recta razon que lo distingue de ellos.

El conocimiento absoluto de nosotros mismos, es el principal que debemos procurar examinando con exactitud nuestra voluntad, nuestro entendimiento, nuestro cuerpo, y nuestro estado. En quanto á la voluntad y apetito sensitivo, debemos considerar con atención que es lo que principalmente deseamos; cuales son nuestros vicios para procurar exterminarlos; qual el principal entre ellos para empeñarnos en ejercer la virtud que le sea contraria; cómo nos

portamos para con Dios, para con nosotros mismos, y para con los demas; en que cosas principalmente faltamos á las reglas de lo justo, de lo honesto y decoroso; y de que bienes verdaderos carecemos, que podrían perfeccionar nuestra alma. Pero como en esta materia sea tan fácil engañarnos ya porqué nos hayamos acostumbrado á lisongear nuestra voluntad, ó ya porqué estemos entregados á aquellos vicios que tienen apariencia de virtudes, deben tenerse presentes las tres reglas siguientes. 1.<sup>a</sup> examinar diligentemente los pensamientos indiferentes que nos son mas agradables, para conocer el fin que en ellos nos proponemos. 2.<sup>a</sup> representarnos los diversos objetos, y los varios casos de los cuales unos pertenecen al deleite, y los dolores; otros á las riquezas, y pobreza; otros al honor, y al desprecio, y pensar con nosotros mismos cual de ellos es el que preferimos. 3.<sup>a</sup> considerar atentamente de cuales afectos somos principalmente combatidos. De este modo si el hombre se siente frecuentemente excitado á la ira, conocerá que lo domina la ambicion; si la esperanza, el miedo, el amor, el odio y los zelos lo turban, debe advertir que en su alma impera el deleite; y si la envidia, el miedo, y la desesperacion lo oprimen, es sin duda la avaricia el vicio principal que lo tiraniza.

En cuanto al entendimiento debemos considerar, si contemplamos las cosas con diligencia; cuales son las opiniones que principalmente nos halagan, para desistir de las falsas, y rectificar las equívocas; de que manera usamos del juicio, del ingenio y de la memoria; y si arreglamos de tal manera nuestras acciones, que tengamos presente la verdadera felicidad; este examen es sumamente difícil, porqué es mas facil persuadir á un hombre vicioso, que se ha separado de la virtud, que convencer de su ignorancia á un estólido, que le parece ser mas sabio cuanto mas estólido es.

Siendo difícil el examen relativo al entendimiento, debemos procurar 1.<sup>o</sup> someter al examen de los hombres sabios nuestros males, para que nos prescriban el remedio; 2.<sup>o</sup> oír con animo tranquilo sus amonestaciones; 3.<sup>o</sup> atender con diligencia al suceso de sus consejos, y pensamientos. Por esto decía Platon que es propio del virtuoso no incomodarse por las reprehensiones, ni ensoberbecerse por los elogios, „*sapientiae studiosum reprehensum non irasci, laudatum non extolli,*” es en efecto, un indicio del conocimiento de sí mismo, ó del aprovechamiento en la virtud sufrir con ánimo tranquilo las reprehensiones de los otros, cuando no nacen de la envidia, ó del odio, sino del amor.

El exámen relativo al cuerpo pertenece á los temperamentos, y como hemos explicado ya sus caractéres, bastará atender á ellos para adquirir el conocimiento que es preciso en cuanto al cuerpo, teniendo ademas presente que en tal exámen deberá el hombre considerar si las acciones externas y generales á que el cuerpo está destinado las dirige, como debe, á conservarlo sano, robusto, y ágil; y si con las especiales á que cada uno está obligado, procura ejercitar y perfeccionar su arte, ó profesion respectiva: así v. g. todos debemos procurar que el cuerpo no se debilite por el trabajo ni por las vigiliass inmoderadas, aunque todos debamos trabajar, y velar algunas veces; y el artesano debe procurar especialmente endurecer su cuerpo con el trabajo, y ejercicio, así como el soldado con el rigor de las estaciones, para hacerse cada uno mas apto en el oficio que ha abrazado.

Este exámen del entendimiento, de la voluntad, y del cuerpo, descubriendonos todas las enfermedades que padecemos, nos dará á conocer euan miserable es el estado que resulta de la imperfeccion, y de los vicios, ¿porqué quien puede reputarse feliz, sintiendo, y conociendo tantas miserias? Es demasiado importante el considerar con atencion la infelicidad que nace de los vicios, examinar las principales

miserias que nos oprimen, y reconocer que la causa, y origen de todas se encuentran en nosotros mismos; porqué es tal la indole de los hombres infelices, que nunca juzgan que la causa de su infelicidad está en ellos mismos, sinó que siempre ó la atribuyen á los otros, como el ciego que atribuye las tinieblas á la habitacion en que se halla, ó culpan á los tiempos, mas estos pasan, y ellos se encuentran los mismos. Yaun suponiendo que los hombres nos hayan causado alguna calamidad, la culpa siempre será nuestra, porqué ó los hemos irritado con nuestros vicios, ó los males que lamentamos no existirían si fuéramos verdaderamente virtuosos. Muchas cosas, en efecto, no le parecerían al hombre ignominiosas, si no se las persuadiera como tales la ambicion; no sentiría tener poco, ni acusaría por ello á los que no quieren enriquecerlo, si no estuviera dominado de la avaricia; y así de los demas males que lo atormentan.

En resumen: el conocimiento de sí mismo, convencerá al hombre de que su alma, y su cuerpo estan llenos de innumerables vicios, é imperfecciones; de que la causa de todos ellos se encuentra en sí mismo; y por último de que su estado es infelícísimo; del cual debe por lo mismo procurar salir cuanto antes por medio de la enmienda y correccion. Y con solo este

conocimiento habra adelantado mucho en el camino que conduce á la verdadera felicidad.

SECCION 2.<sup>a</sup>

## DE LA ENMIENDA DE SÍ MISMO.

Entre las enfermedades del alma, y las del cuerpo hay mucha diferencia, aquellas fácilmente las sentimos, y éstas no las conocemos si no temamos el mayor empeño; tratamos con la mayor diligencia de librarnos de las primeras sin perdonar ni al cuerpo ni al dinero, y á estas de tal manera las amamos, que mas quisiéramos gozarlas siempre, que carecer de ellas. Así no es difícil concebir el propósito de separar de nosotros las enfermedades del cuerpo; pero es muy difícil determinar-nos á huir de los vicios y á corregirnos. Y sin embargo, este propósito es absolutamente necesario al que aspire á la verdadera felicidad. Sera pues, muy útil pensar en reunir todas aquellas razones con las cuales el alma sumergida en los vicios, pueda ser excitada á este propósito: y como nuestra voluntad naturalmente apetece el bien, y aborrece el mal, y por esto siempre se mueve del mal al bien, no habrá incentivos mayores para concebir aquel propósito que la consideracion de la miseria del estado presente de cada uno;

y la viva representacion de la suavidad y grandeza del sumo bien, y de la verdadera felicidad. No hay duda: los hombres en tanto se deleytan en sus vicios en cuanto les parecen agradables, gustosos, útiles; y no desprecian las virtudes y al sumo bien, sinó porqué á aquellas las consideran laboriosas, y á la posesion de este unida con la molestia y privacion de todo deleite; el mejor medio pues, de incitarlos á despreciar aquellos y á seguir seriamente estas será dirigir su ánimo de manera que llegue á conocer, que no hay cosa mas detestable que los vicios, nada mas miserable que el estado de los hombres viciosos, y nada mas dulce ni mejor que la posesion del sumo bien: así lo hizo nuestro Salvador cuando para representar á los viciosos la infelicidad de su estado les dice, que se hallan fatigados, agoviados con el peso de sus pecados; llama el reposo de sus almas, á la felicidad que les promete; y les asegura que su yugo es suave, y ligero. S. Mateo. cap. 11 v. 28. y sig.

Para que el hombre conozca bien la miseria de su estado, debe advertir que se opone á la voluntad divina; que nada tiene de sólido; y que está unido con innumerables males, y con la destruccion del cuerpo, y perdicion del alma.

En primer lugar, repugna á la volun-

tad divina: porqué habiéndonos hecho Dios no semejantes á los brutos, sinó á él mismo dotándonos de inteligencia; y querido en consecuencia que obedecieramos no á la concupiscencia sinó á la razon, y á su voluntad ¡qué cosa mas miserable que llevar una vida que desagrada á Dios que está presente en todas partes, á quien nada puede ocultarse, y que es tan justo que no dejará de castigar con gravísimas penas á los que se oponen á su voluntad? ¡qué cosa mas peligrosa que negar la obediencia á Dios á quien debemos la existencia, y conservacion? ¡ni cual mas intolerable que oír de dia y de noche á la conciencia que nos acusa del crimen de lesa magestad divina? Los mismos filósofos paganos conocieron la necesidad que tenemos de vivir bien, por hallarnos siempre delante de Dios que todo lo vé, y que castigará todo lo malo: preguntado Tales Milesio si acaso el hombre que obra injustamente podría ocultarse de Dios? respondió que ni aun el que solamente pensaba, podia estar oculto para Dios; y nada mas verdadero que aquel entimema de Demóstenes, „siempre conviene obedecer á los que mandan, luego siempre debe obedecerse á Dios que mandará eternamente.“

En segundo lugar, la vida de los que se hallan entregados á los vicios nada tie-

ne de sólido: el deleite es breve, es de cosas muy vanas que no merecen nuestro amor, y que luego se disipan; este breve deleite es costosísimo, se adquiere con trabajo, se ejerce con tedio, se pierde con dolor. El honor no es mas de la opinion que los demas tienen de nuestras acciones, y nada hay mas ligero ni inconstante que la opinion; ademas es necesario considerar que el punto de la tierra que habitamos es muy pequeño, pequeña es tambien la porcion de hombres que viven en él y nos conocen, mas pocos los sabios que han aprendido á estimar y conocer las cosas por su precio, y muertos estos, espira tambien la opinion que de nosotros habian concebido; por último, los honores se adquieren tambien con trabajos, se conservan con dificultad, y se pierden fácilmente, ¡quien al considerar todo esto no exclamará ¡O vanas hominum curas! ó pectora caeca! Las riquezas, no consisten sinó en la posesion de tierra, piedras, y masas esplendidas, á las cuales la codicia de los hombres ha dado precio y estimacion: el que posee estas cosas, no por eso es mas feliz ni vive mas tranquilo que los demas, vemos vivir con igual tranquilidad al que tiene lo necesario, que al que abunda de lo superfluo; y aquel muere siempre con ánimo mas sereno que el rico que se ha he-

cho un Dios de sus riquezas; estas, por fin, se adquieren con sumo trabajo, su posesion acarrea cuidados y vigili- as, y su pérdida reduce muchas veces á los hombres á la desesperacion; nada pues tienen de sólido, y es indigno de una alma inmortal, aficionarse á estas cosas perecederas que de ninguna manera estan unidas con la verdadera felicidad. Con razon decía Epitecto que debe considerarse muy atentamente lo que son en sí, aquellas cosas que mas nos deleitan, y traen utilidad, comenzando por las pequeñas; si amas un vaso, dí es un vaso, y no te perturbaras si se quiebra, si amas á tu hijo ó á tu muger, dí es un hombre al que amo, y asi no te perturbarás cuando se muera.

Queda ya en otra parte demostrado cuantos son los males que acompañan á los vicios ¡y qué será por fin, del hombre que no haya pensado nunca en corregirse, cuando al partir de esta vida le amenaze la eternidad, y su alma indestructible é inmortal tenga precision de abandonar los bienes que tanto había amado? la conciencia debe atormentarlo con la ninguna esperanza de un estado mejor, y con el inminente peligro del castigo que Dios justo no puede menos que imponer al que toda su vida ha resistido á su voluntad; porqué aunque la providencia divina sue-

le permitir en este mundo que los males aflijan á los buenos, y los malos disfruten de los bienes, siendo justo, es del mayor momento este raciocinio: „ó castiga á los malos en esta vida, ó despues de la muerte; no siempre lo hace en esta vida; luego lo hace despues de la muerte. Considerando pues, la miseria de nuestro estado nos excitaremos al propósito de la enmienda, y tanto mas nos confirmaremos en él, cuanto mas diligentemente examinemos la condicion de aquellos que gozan del sumo bien.

Su felicidad no puede menos que ser sólida porqué es perpetua su posesion; ella debe ser tambien muy grande, así por los atributos del sumo bien, como por sus efectos los cuales quedan ya manifestados: ni quien podria reputar por una cosa leve, tener una alma tranquila, libre de afectos, de cuidados, y de los remordimientos de la conciencia; seguir la virtud sin tedio; y amar á los que la siguen; pues tal es el estado del que posee la virtud. Y aunque es cierto que muchas veces lo oprimen las calamidades, estas no pueden turbar su aquiescencia en la voluntad de Dios, y en consecuencia ni la tranquilidad de su alma, y aunque aflijido no trocaría sin duda su estado por el de los hombres viciosos; así José sufría con ánimo tranquilo la cau-

tividad y servidumbre, que prefirió al delito que le ofrecía la muger de Putifar.

Todo esto debe excitar al propósito de la enmienda; pero mucho mas la voluntad de Dios. En efecto, Dios lo quiere, lo manda, lo exige, y sería la mayor locura no obedecer al que pudiendo mandar cosas mas grandes, manda lo que es al hombre utilísimo, y necesario. ¿quien hay que estando en su juicio, resista al médico que manda cosas saludables? pues tales son las que manda Dios, cuando nos llama á la verdadera felicidad, y por eso el Apóstol recomienda la piedad, no solo como honesta, sino como utilísima.

Este propósito debe hacerse cuanto antes: porque como los afectos y propensiones frecuentemente repetidos se conviertan en costumbres, y estas formen una segunda naturaleza, cuanto mas se difiera mas difícil será la enmienda y correccion; á los que difieren la enmienda del ánimo, sucede lo mismo que á los enfermos que difieren la curacion para cuando se agrava la enfermedad, es entonces mas difícil, y burla el cuidado de los médicos. Cuanto mas prontamente acometamos la empresa, mas fácilmente venceremos.

No solamente debemos tomar cuanto antes esta determinacion; sino que una vez adoptada debemos ser constantes en

ella; porque así como los que navegan rio arriba si cesan de remar no solo no adelantan, sino que son arrebatados hacia atras por la corriente, así los que conciben el propósito pero no permanecen en él, no solo no aprovechan, sino que son arrebatados á los vortices de su antigua miseria; y la razon es clara, la voluntad no puede estar ociosa, siempre está apeteciendo el bien, y por lo mismo si abandona el propósito que la conduce al verdadero bien, se ha de inclinar á los bienes aparentes, y los apetecerá con tanta mayor vehemencia, cuanto es menor la impresion que le hace el verdadero bien.

Para conservarse en tal propósito, á mas de las oraciones á Dios, siempre pronto á unirse con nosotros, contribuye en gran manera, el examen diario de nuestras acciones, así conoceremos fácilmente si aprovechamos, y si se aumenta, ó se disminuye nuestro propósito. Pitágoras recomendaba con eficacia este examen á sus discípulos, encargándoles no tomaran el sueño, sin haber examinado antes las acciones del dia, para ver lo mal que se había hecho, ó el bien que se había omitido. Contribuye tambien para afirmarse en el propósito de la enmienda, el trato con los hombres virtuosos, y la contemplacion de los ejemplos, así de los que perecen entregados á los vicios, como de